

# El llanto del Atalaya

Liliam Milagros Gómez León



## Capítulo 1

En el muelle que surca las planicies de sus ojos vivía yo, y era feliz. No existía el infierno ni en el más terrible caos. Desde aquella primera vez en que te vi pintada de mis sueños, mi desierto se hizo valle, mi alma surgió de las llamas como un ave fénix y el fuego consumió cada poro de miedo; me diste el valor para navegar en tus aguas.

Me gustaría repetir ese segundo sin que el infinito quede corto, retirar las impaciencias que nos perturban y nos ahogan. Quisiera que mis olas te visiten nuevamente y te besen, quisiera que tus olas vengan y no me quemem.

Quisiera tantas cosas, pero el 'ahora' no quiere darme clemencia —mejor dicho— tú no quieres asomarte a la misericordia ni por ego ni por pena. Me desterraste del puerto fértil, donde en el silencio de la vigilia nocturna se alzaba imponente tu centinela, cuyo amor al cuidarte solo desprendía luz.

—Descansa, arenilla mía, tu atalaya custodia tu vida —repetían mis labios a los tuyos, quienes estáticos seguían hablando y suspirando hechizos finos para mi piel.

¿Por qué derrumbaste a tu altozano? A tu cerro, tu cumbre, tu montaña. Ahí —tú en la cima— eras reina, diosa, tierra. No ves que soy un dique que no puede subsistir sin tus huellas. ¡Ven, vuelve a quemarme! Ya no me importa. Prefiero tus llagas a las de este tiempo desplomado y olvidado. Voy muriendo en las guaridas de la angustia al saberte en otros ojos, en otros mares, pidiendo la custodia de otro guardián de tu existencia. ¡Ayúdame a sobrevivir! Si es preciso lamería las sobras de tu sombra.

Aún existo 'arenilla de mis ojos', tu atalaya aún respira, aunque entre polvo y telarañas las memorias se nieguen a olvidar. Créeme, tu atalaya aún se empapa de tu aroma, aún sucumbe con tus brebajes; aunque la simiente ya se haya secado en ese par de ojales indomables.

## Capítulo 2

A la noche siempre le he puesto tu nombre; si duermo, no te veré, no volveré a contar tus lunares: mis estrellas que se fueron volando como un papel. Qué oscuridad, no hay una pizca de luz a mi lado. Me derrumbas. Te has ido como un deseo no cumplido, explotando en mi corazón en forma de mentiras. Pero te quiero, hace frío sin ti. Nieva aquí adentro, en mi pecho; voy muriendo sin ese aroma a fresno que me recuerda a la tierra donde te conocí.

Sin embargo, trémulo y sollozo me encuentro en la ventana con la esperanza de verte llegar; no me importa si para el mundo no vas a volver, tú no has muerto para este mortal que sigue oliendo a ti.

Te espero de madrugada, sí, 'arenilla mía', sé que son tus horas preferidas, cuando tu sonrisa es aire y puedo respirar el elixir de la vida, puedo surcar con mis labios esa frentecita que frunce en terquedades que adoraba complacer. No ves que sigo aquí, contándole al vacío cuánto te extraño. Aparece de la forma que apetezcas: enojada, triste o feliz; voy a recibirte. Cómo negarte mis brazos, si ellos solo sirven para protegerte. Recuerda quién soy; solo tuyo.

Entra de nuevo, el portillo estará abierto y mis ojos estarán despiertos.

## Capítulo 3

Te amo hasta donde nadie comprende ni ha llegado, solo tú. Y aquí estoy, en el laberinto de tus huellas. ¿Cómo puedo medir las ganas de vivir con este vacío que atiza y sacude mi cabeza? Porque es en mis pensamientos donde más me torturas. Sin ti el mundo pesa demasiado, y aunque quiera, no puedo avanzar. No se puede, no, no se puede. ¿Cómo entonces no sentirme amenazado por la muerte? ¿Cómo? Si en cada amanecer tú eres el sol, mi `arenilla`, y estás tan lejos que solo te contemplo. Me quemas ahora, me ardes en los ojos, me tienes sin que pueda tocarte. Has roto mis esfuerzos, los has tirado al río de los olvidados. Duele no ser tuyo, ni siquiera en el vacío de tus ojos.

El bosque de abedul sigue floreciendo, muero de envidia, tanta belleza que se ama ante mi vista, y yo soy un paisaje seco que llora. Me has vuelto desierto, y la sed de ti es insaciable, ¿dónde estás?, ¿quién te bebe? ¡Odio esa boca que degusta mis frutos! No corrompas mi universo, soy el único que conoce sus misterios, soy quien labró vigor en ellos, conmigo esas tierras se expandieron. ¿Por qué me desterraste? ¿En qué momento las nubes me consumieron?

Heme aquí suplicando tu regreso. Deja que la muerte me olvide y no tú. Revíveme con tu semblante delicado en mi pecho, apoyado, sereno. Ven a caminar de puntitas en la habitación y enciende todas las luces para cautivarme con tu existencia. Ven a susurrarme en la alborada con esa vocecita que solo quiere recordarme que me ama. ¡Vuelve a intentarlo! Yo sé que te gusta decirlo: «Te amo, mi atalaya». Y en mi felicidad besarte, sentir tu respiración que me acompaña, abrazarte como lo hacen los leales: para siempre, para ti, solo para ti.

Sigo imaginándote entre las sábanas, aunque ya no haya paz.

¡Regresa! ¡Solo regresa! Escúchame una vez más...

## Capítulo 4

Quise ser el sol para ti, abrigarte en la espesura del mañana, calmar tus ansias de un tiempo desmedido que escapaba de tus manos; quise apagar los incendios que te herían, créeme, 'arenilla', intenté convertirme en tu alegría, darte el gozo de un gorrión libre que expresa su amor en la melodía; lo intenté, y en vano te he entregado mi vida, en vano subí las cuestas de tus noches para salvarte de las pesadillas, que en instantes te arrebataban y te hundían, en vano perdí mi horizonte para ayudarte a construir el tuyo.

Fuiste profunda como el océano, y como tal, tus secretos siguen sumergidos en los pozos de tu alma. No quiero cansarme de esta lucha, no quiero apagarme, ¡no me apagues!, déjame encendido hasta verte nuevamente al borde de mis ojos, y sellarte en ellos para no olvidarte nunca. ¡Déjame! ¡Te lo ruego! Mira mis manos cómo trabajan para no morir en el asedio defectuoso de la soledad. Mi único encierro son tus recuerdos, en ellos vivo y respiro; el presente es enfermizo, cruel, una ilusión.

¡Ven! Tienes el permiso de herirme de nuevo, si lo deseas. Yo te concedo lo que nadie más ha logrado obtener, matarme las veces que quieras. No es fortuito para mí saber que tú eres mi verdugo, te quiero solo a ti, tú y mi vida, nada más. Con tus armas como besos que transmiten un amor que no aceptas, pero que vive en ese corazón que amo tanto. ¡Ven! Estoy siempre aquí. Sosteniendo nuestros sueños, aún los conservo, sé que en algún momento van a crecer como la hierba que no se deja corroer por las maldades de este mundo. ¡Son nuestros! Los cuidaré en tu corta ausencia —porque será corta, lo sé, no lo dudo, sí, lo creo—.

Voy a ignorar mi sufrimiento aunque me encuentre arruinado, no quiero que veas el desastre que llevo dentro; te espero sonriendo, tú serás el paraíso, mis nubes, mi jardín. Juntarás mis pedazos con cada uno de tus abrazos y tus caricias sanarán las llagas del pasado.

¡Ay, 'mi arenilla'! Cómo te extraño, cómo te anhelo. Transfórmame en alguien nuevo, no dejes que me quede en el fango, no dejes que las noches me sigan devorando.

## Capítulo 5

Te tengo frente a mí, estás hermosa, brillas en mis ojos, y solo anhele la eternidad de ese momento, cuando los rayos del sol que entran por la ventana se atreven a tocarte y yo reflexiono: «Qué suerte tiene el sol, con su luz te alcanza todos los días, lo ha hecho desde siempre, y apenas mis dedos acarician tu rostro, siendo un privilegio poder hacerlo». Y ver que me miras, y te gusta que esté contigo, te gusta que descubra la suavidad que nada en tu piel y cómo perfumas el aire con tu presencia, te gusta dejar tus huellas para que pueda sentirlo y olerlo, para que por donde ande te extrañe, y así es... te extraño.

Sé que ya nada es igual, pero en mi cabeza aún habita tu silueta, tu sonrisa y cada objeto que dejaste en la repisa, en la mesita de madera que te gustaba tanto y la firmaste con un `me encontrarás aquí siempre'... Qué dolor cada vez que lo leo, y recordar la emoción de tus manos al tallarlo con esas palabras; pero tenías razón, siempre te veo en esa mesa, siempre te veo en la puerta haciendo esas muecas para alegrarme el día, siempre escucho tus cantos alocados cada vez que me meto a la ducha, siempre me acompañan tus susurros al dormir, y me toco la mejilla derecha —tu lado favorito—, la derecha para ser soporte, solías decir. Ahora sin ti, nada sostiene ese lado, y las ramas del pequeño árbol que sembraste se han secado.

No imaginé llorar tanto por alguien que vive y está muerto a la vez. Cómo es posible que te siga amando a pesar de tanta mentira. Te convertiste en una tormenta, pero yo busco tus rayos, quiero que me atraviesen de nuevo, quiero que hagan cenizas tus recuerdos; un acto más que me duela para olvidarte, uno solo, con la esperanza —aunque sea solo eso— de que me vuelvas a amar.

## Capítulo 6

Cuando me asomo a la ventana espero con ansias verte en la entrada dispuesta a volver a empezar, para olvidar las penas del alma y amarnos, porque lo que nuestros labios sellaron nunca perdió su brillo, solo estuvo opacado por las nubes de la confusión y el desaliento, pero seguía vivo como el sol. ¿Lo ves?, ¿lo sientes?, somos nosotros ardiendo en medio del silencio de la habitación, aún estamos aquí juntos, aún estás aquí a mi lado. Por favor... ¡Quiero verte regresar! ¡Por Dios! ¡Aparece nuevamente y toca la puerta! No demoraré en abrirte, abrazarte y besarte. Solo vuelve a mí.

Podría resumirlo todo en este instante: la brisa entra con dulzura y suele envolverme en tiernas caricias para aplacar la tempestad que llevo dentro. Sabe a nostalgia el sabor de un horizonte perdido, no te veo y mi ojos derraman cada palabra que estaría susurrándote al oído mientras vives posada en mi pecho, ahí donde te tengo clavada. Duele, amor. Dueles cuando no estás y, aún más, cuando el miedo me desespera gritándome que no volverás jamás, que a medianoche solo veré las estrellas para extrañarte. ¡Qué cruel te has vuelto al dejarme con tantos recuerdos!

Me aprieto el pecho, me golpeo con fuerza, me arrebató de ira, bramo, bramo con furor, no está la llama, no gira más el reloj para mi alma, no se mese en la hamaca mi dulce corazón, no me sonrías, no estás. Hasta las paredes te echan de menos, lloran conmigo, invocan tus caricias a diario y tu perfume ausente nos dice que no estás, el desgarró es implacable. Aprieto con más ganas mi vida y caigo rendido, olvidado, desterrado de tus manos, de tus labios, de ti, ¡de ti!

Vuelve a mí, solo vuelve a mí, mi dulce y eterna 'arenilla'.